

Say no more

KENNY DÍAZ RONCAL*

Hay quienes lo consideran un loco, hay quienes lo tildan de genio, yo prefiero llamarlo un loco genial. Entre ambas consideraciones existe un límite que se trastoca constantemente, tanto el loco como el genio son unos totales incomprendidos. Carlos García Moreno, mejor conocido como Charly García, es un iconoclasta empedernido, amante de la literatura y amigo de Maradona y Joaquín Sabina. Charly es un músico en todas las dimensiones. Hijo de padres aristócratas, gozó de una buena infancia en compañía de su familia. Su madre, cual oráculo de Delfos, al oírlo tocar por vez primera un pianito de juguete, vaticinó: «Será un gran músico». Efectivamente, no demoraron sus padres en tomar conciencia del brillante don que su hijo tenía: el oído absoluto.

Capaz de descifrar el sonido que produce una gota de agua al caer al piso, llevarla al pentagrama y reproducirla en algún instrumento musical. La vida como una melodía eterna. Charly García sabe de teoría musical y literatura, pero también de tirarse del cuarto piso de un edificio, de pelearse con pseudo periodistas del espectáculo y de drogas psicodélicas. Considerado uno de los mejores músicos del siglo XX por su obra e irreverencia, Charly García, al igual que Mozart en su tiempo, goza del oído absoluto.

En septiembre de 2003 Charly vino al Perú promocionando su disco *Influencia*. Mi amigo Martín me informó de su llegada y no dudé en ir a esperarlo con la ilusión de conocerlo. Eran las diez de la mañana y Charly no llegaba. Según me habían dicho, Charly llegaba a las ocho. Pensé en irme pero un tumulto en la puerta principal del aeropuerto me llamó la atención: era él. Con un polo negro a rayas y una casaca marrón, Charly caminaba a pasos largos mirando con soberbia a los admiradores, sin saludar a nadie. Lo seguí hasta antes de que entrara a una camioneta Mitsubishi Pajero y le grite: «¡Say no more!» Él volteó y me hizo un gesto con su mano larga: me pedía que me acerque. Conversamos tres minutos y, cual sueño hecho realidad, me dio la dirección de su hotel y licencia para buscarlo.

Cuando llegué al Meliá estaba muy nervioso, tenía 16 años y una grabadora de mano. Pregunté por él en la recepción y nadie me daba razón, me hacían dar vueltas, ir de un lado al otro, hasta que mi ofuscación me llevó a gritarles: «¡Es mi amigo, hemos quedado en vernos aquí!». Un hombre alto y de buena dicción se acercó y me dijo que me comunicaría con él. Llamó a su habitación y Charly contestó. El hombre irónicamente le dijo: «Señor García, lo busca un amigo suyo que se llama Kenny». Antes de que terminé volví a gritar «¡Say no more!», y Charly no demoró en bajar.

Sus inicios en «Sui Generis», su consolidación en la «Máquina de hacer pájaros», su paso por «Serú Giran», y su reafirmación como solista, fueron los temas de conversación. Pocos saben que a mediados de 1990 Charly viaja a España y se redescubre. Se da cuenta de que su lucha por la libertad y los ideales en los cuales siempre creyó no tienen parangón dentro de este mundo caótico y materialista. Decide idear su propia moral, su propio mundo, sus propios dioses. Es entonces que aparece el concepto del *Say no more*, su estilo de vida actual, su invención.

Uno de los escritores argentinos que más considero es Adolfo Bioy Casares. Siempre he relacionado su libro *La invención de Morel* con la teoría de Charly sobre el *Say no more*. Le pregunté si algo tenía que ver: —En absoluto, pero no puedo negar que es uno de los mejores libros que he leído en mi vida — responde con vehemencia.

El *Say no more* es vivir sin prejuicios, sin ideas pasadas de moda, decir lo que nos parece sin recurrir a eufemismos o, lo que es peor, a la mentira. Charly decide apartarse del mundo y solamente congeniar con la música y los amigos. Desaparece el Charly soñador y luchador. Cuando le comenté esto, Charly me miró con cara afligida y levantando su enorme mano, como en la posición rusa para tocar el piano, me dijo:

—Yo no quiero vestirme de rojo, yo no quiero sentirme tan solo, yo no quiero tener esta depresión, veo tantas chicas castradas y tantos tontos que al fin, yo no sé si vivir tanto les cuesta... Eso es, loco: el secreto de la vida está en disfrutar del paso del tiempo.

A los pocos segundos, se paró y se fue.

* Estudiante de la especialidad de Periodismo de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.